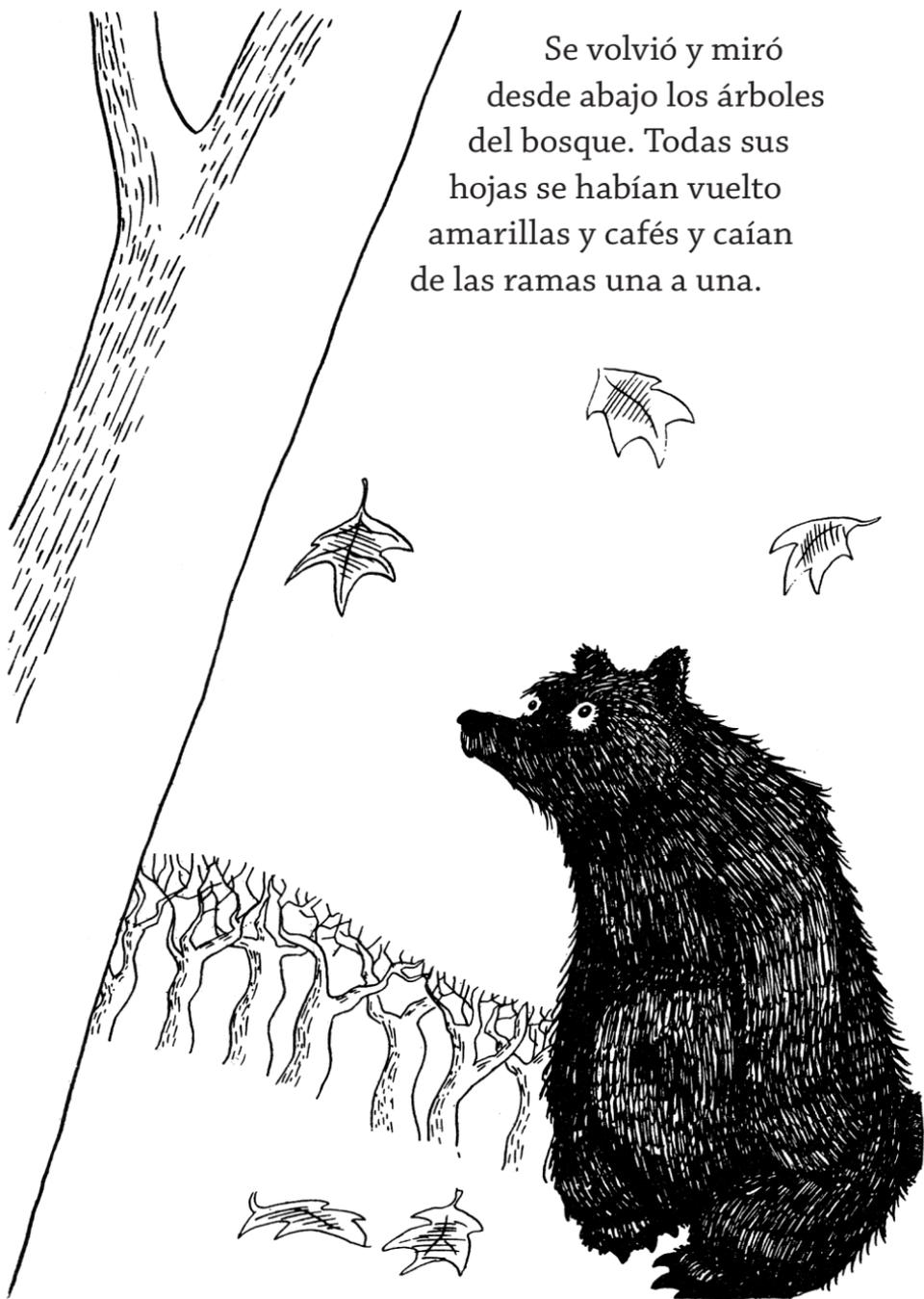






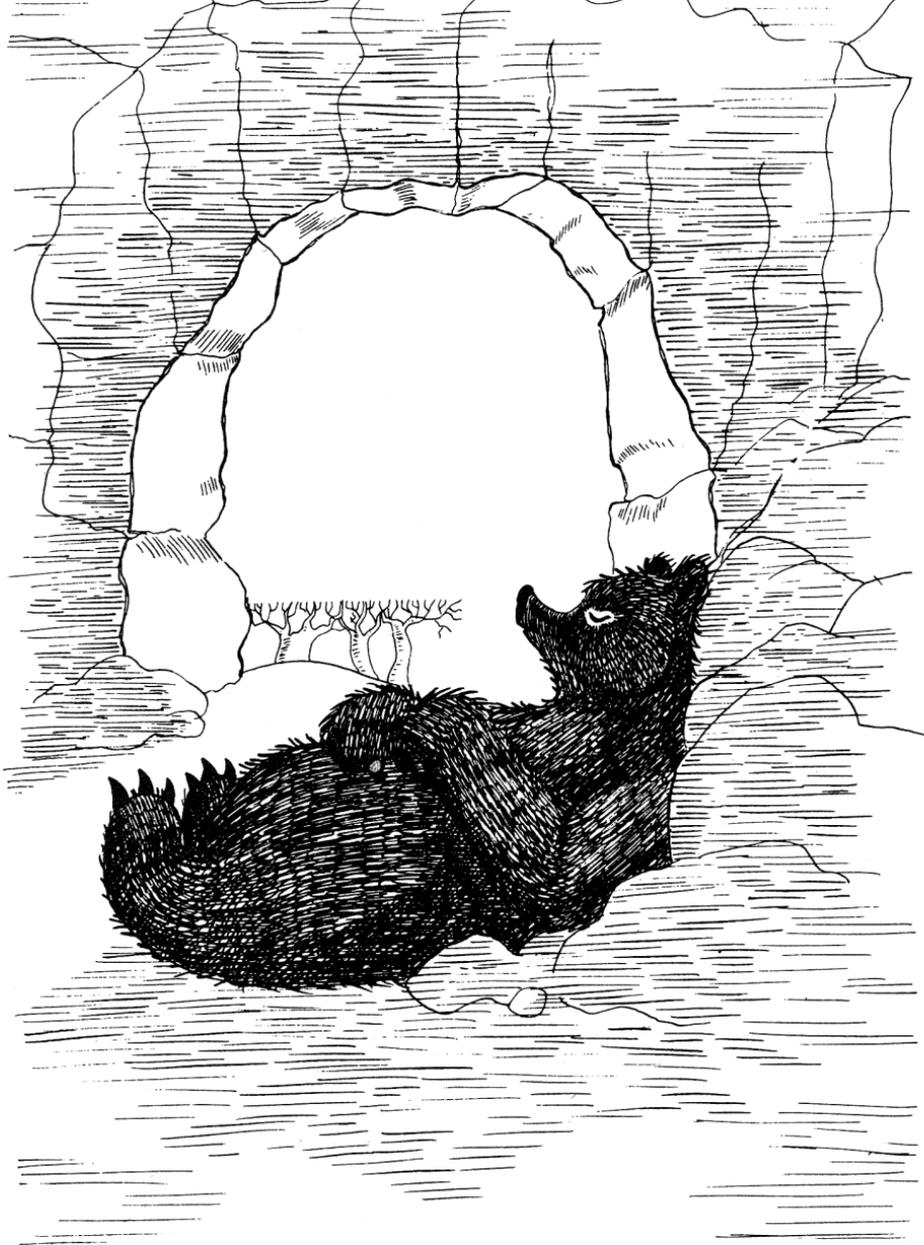
Érase una vez —un martes para ser más precisos— un oso que estaba parado en el lindero de un gran bosque mirando hacia el cielo. Allá, muy alto, vio una bandada de gansos salvajes que volaban hacia el sur.

Se volvió y miró desde abajo los árboles del bosque. Todas sus hojas se habían vuelto amarillas y cafés y caían de las ramas una a una.

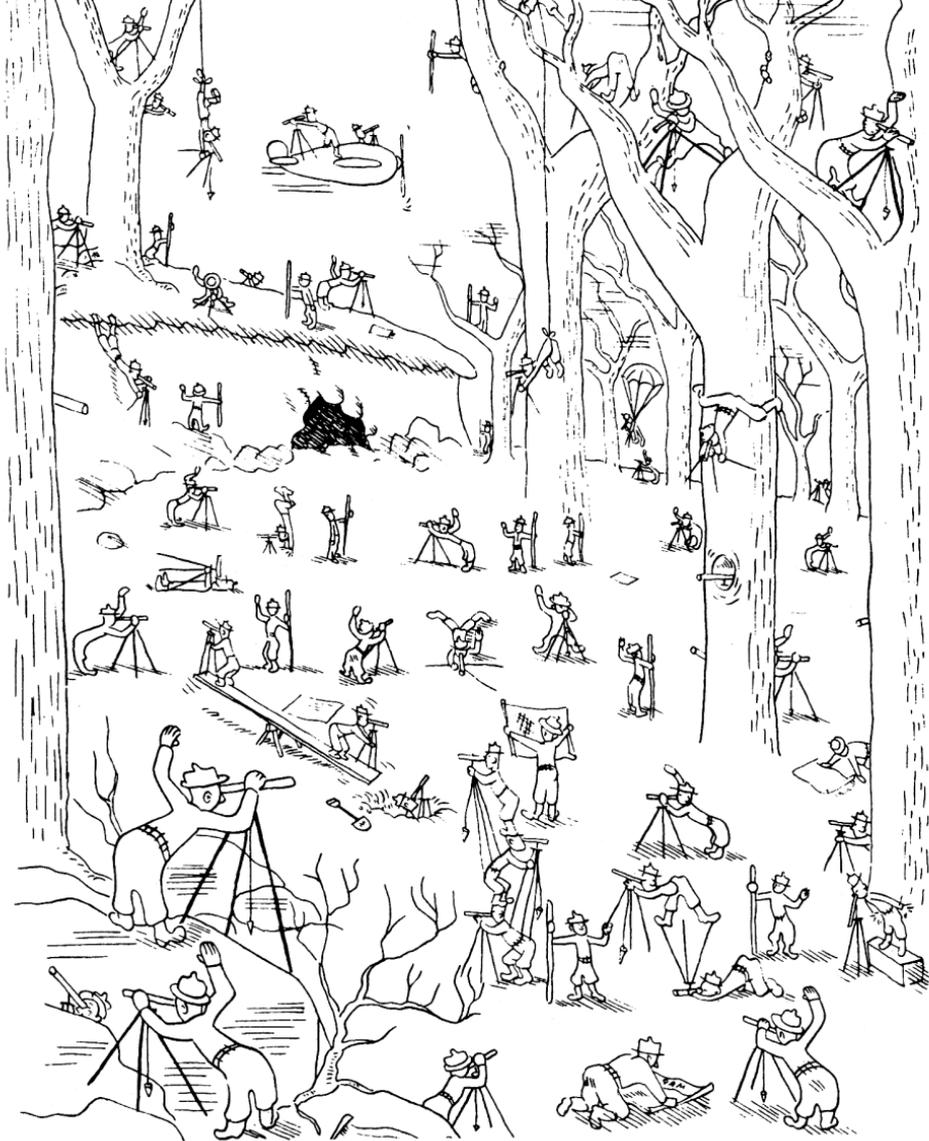




Sabía que cuando los gansos volaban hacia el sur, cuando las hojas caían de los árboles, el invierno no tardaba en llegar. Pronto la nieve cubriría el bosque y ya era hora de buscar una cueva en la cual hibernar.



Y eso fue, precisamente, lo que hizo.



Poco tiempo después —un miércoles para ser más precisos— llegaron unos hombres... muchos hombres que traían planos, mapas e instrumentos de medición.